

¿QUÉ DIRÍA JOVELLANOS? ALGUNAS REFLEXIONES GENERALES Y UNA PARTICULAR SOBRE EL CAMPO ASTURIANO

Por

FRANCISCO RODRÍGUEZ GARCÍA
Director General de ILAS S.A.

Revistas@iustel.com

e-Legal History Review 11 (2011)

SUMARIO: I. Preámbulo. II. El problema del agro español actual y la probable opinión de Jovellanos. III. La producción cárnica y láctea en la actual coyuntura europea: conclusiones.

I. PREÁMBULO

Cuando, en 1991, Boris Yeltsin es elegido democráticamente presidente de Rusia, desapareció la URSS y, con ella, el comunismo, o socialismo real en la terminología de la época, como esperanza política inmediata en medio mundo. Para entonces, Mijail Gorbachov había llevado la “Perestroika” y desarrollado la “Glasnost” hasta sus últimas consecuencias. Sin embargo, de la noche al día, se evaporó en el planeta la amenaza totalitaria de la URSS, sin que el sorprendente episodio se acompañase de excesivos aspavientos y sin que nadie acudiera a viejas trompetas dramáticas.

Llevamos, por tanto, casi veinte años en los que el sistema llamado liberal no tiene contrapeso y marca la tendencia dominante en esta etapa relativamente plana que nos toca vivir. ¿Quién manda, pues, ahora en el mundo, dado que no hay antagonismos ideológicos serios con poder político compartido? Quedan, es cierto, algunas reminiscencias tales como Cuba, pero ello no es, a pesar de la tristeza que produce el experimento, otra cosa que una reliquia romántica, enturbiada por la violencia que producen siempre los regímenes totalitarios. Y no deja de ser paradójico que un puro trasunto del bolchevismo radical de los años veinte del siglo pasado acabe siendo el residuo histórico de un fascinador movimiento ideológico al que, para poder convertirse en realidad universal, le faltó, precisamente, capacidad de encanto colectivo. Y es que,

en teoría, es posible colectivizarlo todo; todo, menos la mente humana, que, por naturaleza, es libre.

Es probable que el gran problema del Estado patrón, a la hora de cristalizar como situación pragmática entre los hombres, no sea tanto político, cuanto antropológico. Se diría que el arrogante pensamiento tudesco, del que está impregnada la historia de Europa, ha querido sobrepasar los límites de la humana condición, creando un nuevo ser, el ser colectivo, por encima, nada menos, que del ser humano individual. Demasiada tarea sociológica para tan poca finura psicológica. Probablemente, ha sido una pena tanto esfuerzo baldío y tanto antagonismo inútil. Pero habrá que seguir meditando; eso sí, cada uno desde su humana e intransferible condición individual.

El caso es que el escenario surgido en el mundo, a partir de la desaparición de la URSS y la recuperación de las repúblicas integradas en el ámbito soviético, significa en definitiva la consolidación de la sociedad mercantil y del comerciante individual -por emplear términos clásicos- frente al Estado patrón. Lo que no quiere decir, por supuesto, que no pululen de manera más que abundante por el mundo sociedades anónimas el dueño de cuyas acciones es el Estado. En este sentido, confieso que me produce cierta perplejidad observar este fenómeno, cuya existencia es prueba de que la solidez de los principios económicos sigue siendo relativa. Ahí está, por ejemplo, el reciente recurso al erario público de distintos países para resolver crisis de compañías privadas, incluida nada menos que la General Motors.

Vivir es, desde luego, correr el riesgo de confundirse. Tal vez por ello no debemos extrañarnos de que nos toque, precisamente a nosotros, pasar por tiempos de confusión. Los puristas del colectivismo que van quedando se agitan alborozados y como esperanzados ante la claudicación liberal en tiempos de crisis. De la misma manera que los acérrimos del capitalismo liberal andan instalados en la consternación, al observar que sólo el Estado parece ser capaz de resolver determinados problemas que ponen en riesgo, miren ustedes por donde, no otra cosa que el ahorro individual de los ciudadanos.

Sin embargo, y dejando a un lado el espinoso asunto que la competencia del Estado suscita inevitablemente cuando una empresa pública participa en el juego del mercado, aunque se trate simplemente de una acción puntual de "salvamento", es lo cierto que, en democracia, la realidad de los votos va por un lado y la doctrina, por otro. Y es que, cara a unas elecciones, hay pocos gobernantes dispuestos a llevar la contraria a la gente, en aras de mantener la pureza de los postulados ideológicos. Ni siquiera un americano conservador llamado Georges Bush.

Tal vez he comenzado mi exposición con demasiado ruido. Pero soy de Cangas del Narcea, lugar donde la gente gusta de atronar el espacio, organizando cada año esa especie de batalla incruenta contra el aire, que ellos llaman "La Descarga". Pero la

pregunta ¿quién manda en el mundo? no sólo es el nudo gordiano que Ortega trata de deshacer en *La rebelión de las masas*, sino que es en sí misma un estampido. Todo queda como apagado después de oír su formulación: ¿quién manda en el mundo? El silencio, es la respuesta. Pero, con toda evidencia, en el mundo existe un orden jerárquico; en el mundo manda alguien.

Vamos por partes. Porque por el hecho de que ése que manda en el mundo no sea un personaje concreto y reconocido, no vamos nosotros a cejar en el empeño de mantener la apuesta, aunque para ello tengamos que acudir, como hacen los toreros cuando no tienen más remedio, a eso que en términos taurinos llaman “bajonazo”, que, en el fondo, no deja de ser una estocada eficaz. Y así, si decimos que en el mundo mandan los intereses, podemos sentirnos razonablemente seguros de haber rematado la faena, con independencia de que en este instante no entremos en la cuestión menor de ponerles apellido a los dineros planetarios. Decía Campoamor, no precisamente en el colmo de su inspiración poética, “en amor, es lo primero, el dinero, el dinero y el dinero”.

Dios me libre de no reconocer el valor de los intereses “incorpóreos”, por decirlo con la precisión de Gustavo Bueno, pero estamos viendo que hasta las organizaciones terroristas de inspiración islámica practican secuestros en el Sahara, con objeto de obtener rescates que no parecen para nada un decálogo de espiritualidad. Lo que con toda evidencia quiere decir que ni siquiera los intereses religiosos escapan a la necesidad de pasar el cepillo fuera de las iglesias.

Señalo que, pese a las apariencias, no me estoy desviando de mi tema. Ocorre únicamente que me ha parecido oportuno ir poco a poco desgranando eso que los franceses llaman “le préalable”, que no es sino la faena previa para poner en suerte al toro; en este caso, al tremendo toro que Europa es. Disculpen, por tanto, el rodeo. Pero vamos allá sin más demora.

Ciertamente, no es necesario realizar un gran esfuerzo para entender que una cosa era la Comunidad Económica Europea, en la concepción original de Schumann y Monnet, con la poderosa URSS como referente insoslayable en el mundo, y otra cosa, muy distinta, es la Unión Europea en su configuración actual, una vez desaparecida del orbe, sin previo aviso, la descomunal amalgama de la URSS. Ello obliga a reconocer que los equilibrios en Europa son todos de nuevo cuño, por imperativo de la presencia de nuevos actores en el escenario donde se desarrolla la función. ¿O no es clamorosamente nuevo que países antes protegidos por el Telón de Acero, tales como Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, etc., sean hoy miembros de pleno derecho en una organización libre como es la Unión Europea?

El mundo llamado libre se encuentra, por lo tanto, sin ese poderoso referente que suponían los países comunistas de Europa. Lo que lejos de clarificar la situación más

allá de la llamada “guerra fría”, plantea la gran cuestión; esto es, pone en solfa por momentos la capacidad de la sociedad para establecer y regir el orden económico al margen del Estado. Así es que si admitimos, desde la experiencia adquirida “a posteriori”, que el Estado patrón no da buen resultado cuando tocan a crear riqueza, forzoso es también admitir, vistos los resultados de los Lehman Brothers, Maddoff y compañía, que tampoco el liberalismo a ultranza es capaz de mantener la fiesta en paz. De donde cabría deducir que la solución está en saber entreverar las cosas.

Pero ese entreverar las cosas pasaría por formular la denuncia con carácter previo de que en el llamado mundo libre compiten también los Estados. ¿O qué otra cosa, sino participación directa del Estado en la economía, significan las distintas reglas que rigen los mercados del mundo y que se corresponden con los intereses de cada país? ¿Y cuál es, en último término, el vértice o manantial de las llamadas subvenciones y ayudas estatales a los distintos sectores productivos? ¿Y cómo se explica que los Estados se adornen con contumacia con el disfraz de la sociedad anónima, en un intento casi pueril de hacer del mercado una fiesta de carnaval?

Lo que voy diciendo, incluido el esbozo de una nueva teoría sobre las acciones entreveradas del Estado y los particulares, es del todo necesario para entender en qué reposa mi criterio personal sobre el papel de España en el ámbito de la Unión Europea. Una UE que, en su configuración actual, reducida a un mercantilismo insostenible, les anticipo que no me produce ninguna clase de encandilamiento. Comprendo su extrañeza. Reconozco que en España no estamos habituados a que alguien diga que no le gusta la Unión Europea; pero permítanme hacer una necesaria aclaración: a mí, claro que me gusta Europa. ¿Cómo iba a ser posible lo contrario? ¿Cómo no iba yo a notar en todos los poros de la piel que soy europeo por los cuatro costados? Pero es precisamente por eso, por la necesidad que siento de que seamos los europeos, como Ortega preconizaba, muchas abejas y un solo vuelo, por lo que me resisto a dar por buena una Europa reducida a un espacio mercantil desequilibrado, que para nada representa la Europa que yo añoro.

Es por lo demás habitual, al hablar de este asunto, encontrarme con la extrañeza, cuando no con la indiferencia, de los que no tienen el problema comunitario entre el repertorio de sus preocupaciones más urgentes. En este sentido, llama poderosamente la atención el proverbial desentendimiento de buena parte de los españoles ante la inmensa cantidad de legislación que parte cada día de Bruselas con destino a los países de la Unión. Legislan, en efecto, en España algo así como dieciocho Parlamentos, incluido el nacional de Madrid. Pero legisla, sobre todo, en lo que se refiere a los diferentes capítulos que interesan a la economía, un órgano *sui géneris*, en el que las personas que lo constituyen no han sido votadas por nadie y que se llama Comisión,

cuyas Directivas, que han de transformarse después en Reglamentos, son *de facto* y también *de jure*, normas de obligado cumplimiento en todo el ámbito común.

Ni que decir tiene que esto último me parece sobremanera relevante. Entre otras cosas, porque tan convencidos andamos todos de que por fortuna nos toca vivir un largo periodo democrático en el conjunto de Europa, que no se entiende sin dificultad el hecho de que nada menos que el Gobierno de la Unión esté en manos de relevantes funcionarios designados por procedimientos más o menos convencionales, pero en absoluto representativos de la base ciudadana. A esto llaman algunos, déficit democrático.

Ya estamos en condiciones de dar un paso más en orden a explicar por qué somos más de uno los que mantenemos reservas sobre la viabilidad a largo plazo de nuestra aventura comunitaria, que es un proceso cuyos resultados aparecen siempre como tomados a cámara lenta. Entretanto, resplandecen dos hechos: el egoísmo propio de los más fuertes, que les impulsa a cavar sin pausa el pozo donde quedan sumergidos los países más débiles y que se endeudan cada vez más para sostener un bienestar que excede de sus posibilidades reales, y la ausencia de voluntad política para crear un espacio común donde impere la coherencia a la hora de repartir el trabajo europeo. Fíjense que hablo de coherencia y no de solidaridad, convencido como estoy, de que los más ricos sólo podrán mantenerse si hacen lo posible para que los más pobres puedan pagarles.

II. EL PROBLEMA DEL AGRO ESPAÑOL ACTUAL Y LA PROBABLE OPINIÓN DE JOVELLANOS

Por lo demás, resulta pretencioso intentar suplantar a Don Melchor Gaspar de Jovellanos a la hora de emitir una opinión sobre la economía española -la agraria y la otra-. Pero no tengo inconveniente, dado que Jovellanos se caracterizó por encima de todo por un espíritu patriótico insobornable, tal como quedó probado en su rechazo a los ofrecimientos de José Bonaparte y a las probables "indicaciones" del mismísimo Napoleón, no tengo inconveniente, digo, en ponerme a pensar en voz alta, parafraseando a nuestro ilustre paisano.

Estamos en ese gran mirador de Asturias, que es Navia. Por ello, como soy asturiano, y como en Asturias tuvimos la suerte de contar en el pasado con el eminente agrarista que fue Jovellanos, nada tiene de particular que intente subirme a los hombros de la historia para hacer una interpretación apócrifa en la que fuera el propio don Melchor quien les hablara, a sabiendas de que Godoy no está hoy entre nosotros y no puede tomar represalias.

Y si en una exposición como esta, que en principio no se esperan valoraciones más allá de lo económico, surge de repente la palabra patriotismo, ello no es sino el reconocimiento expreso de la necesidad de contar con aquellos valores a los que el padre Gonzalo Coloma llama *éticos*, a la hora de plantearse en qué cosas fundamentales debe apoyarse un país que aspira a continuar el paso por la historia. Porque en efecto, un servidor de ustedes es de los que creen que la primera condición para acertar en los postulados económicos es dejar que sea la luz que surge del sentimiento romántico que excluye las fealdades, la que ilumine la mente de quienes han de escoger el camino. Sin patriotismo en los ciudadanos, podrán satisfacer el egoísmo y actuar en provecho propio gentes diversas, pero no acertará nunca el país.

Por eso es probable que Jovellanos hiciera, poniéndose de pie para no perder de vista la otra orilla, los siguientes comentarios apócrifos, traídos a nuestra circunstancia.

1. Comenzaría diciendo Jovellanos:

“No es justo, ni puede conducir al final de la experiencia a nada bueno, el que se invite a competir a países desiguales y no necesariamente complementarios, después de haberles hecho prescindir entre sí de toda protección arancelaria. Esto no tiene nada que ver con el liberalismo y sí con el juego de ventaja. Y si alguien tiene duda, que se fije un instante en el reparto asimétrico de determinadas producciones agrarias, algunas de las cuales afectan de manera directa a la cornisa cantábrica”.

2. Continuaría Jovellanos:

“No deben aceptarse regalos que impliquen riesgos de desempleo futuro en el país que los recibe. Así, los fondos de cohesión y otros fondos, que aparentemente han supuesto una ayuda neta de la que ha resultado beneficiado nuestro país, han proporcionado salarios cobrados por trabajadores españoles que hacían carreteras; es cierto. Pero no es menos cierto que con los salarios en el bolsillo, salían esos mismos trabajadores de compras, y regresaban a sus casas provistos hasta las cejas de productos alemanes, franceses, holandeses, etc., con el valor añadido, esto es, con el trabajo incorporado fuera de España. En realidad, lo que ocurría, un día sí y otro también, es que se iba sustituyendo sin prisa y sin pausa trabajo español por trabajo foráneo: desde chocolates, hasta quesos; desde gafas de sol, hasta aparatos de radio; desde camisas hechas por empresas comunitarias en regiones remotas del mundo, hasta zapatos fabricados por idéntico procedimiento; desde flores, a perfumes; desde coches a motocicletas; y así un largo etcétera, hasta completar una balanza comercial española cuyo déficit

es el más escandaloso del planeta”.

3. Seguiría Jovellanos:

“Como todo el mundo sabe, el déficit comercial, como cualquier déficit, hay que financiarlo. Ahora bien, el déficit español, dada su envergadura, está indicando que el país soporta una deuda externa colosal, cuya cancelación en el tiempo va a resultar sobremanera problemática. Pero es que, además, el déficit comercial español, que fatalmente registra un desnivel indiscutible entre trabajo importado y trabajo exportado, está explicando en parte por qué tenemos aquí mucho más desempleo que ningún otro país, y por qué no podemos continuar consumiendo productos extranjeros como si no pasara nada”.

4. Continuaría Jovellanos

“Tampoco puedo entender, por parecerme no sólo incongruente, sino también imposible, que el desempleo que se está produciendo en España, al no ser capaz nuestro país de intercambiar trabajo en cuantía suficiente, tenga que ser soportado o costado por cada vez menos cotizantes que tengan la fortuna de mantener el empleo. Sencillamente, eso equivale a la larga a pretender que la piedra caiga hacia arriba”.

5. Continuaría Jovellanos:

“Mientras se mantengan vigentes las subvenciones o ayudas más o menos encubiertas a la producción de cosas, llevan las de perder, a la hora de competir, las empresas pertenecientes a los países más débiles, que, como es natural, tienen menor capacidad fiscal para trasladar recursos y subvencionar actividades productivas, tanto de bienes como de servicios. Por lo tanto, en términos liberales, pero apelando también al instinto de conservación, España y algunos otros países deberían manifestarse contrarios a esta práctica, en la que, a pesar de las apariencias, llevan las de perder”.

6. Volvería a decir Jovellanos:

“Las llamadas “deslocalizaciones” son una hermosa trampa que permite la circulación libre en el interior de la Unión de productos hechos en parte en lugares del mundo donde los salarios apenas si llegan al 5% de nuestros costes laborales por trabajador., lo que permite a los países de tecnología más alta contar con un factor añadido de competitividad y mayor beneficio. En esto, como en otras muchas facetas, el caso de Alemania es paradigmático”.

7. Terminaría por decir Jovellanos:

“La actual concepción de la Unión Europea, reduciendo las cosas a un espacio libre de intercambio de mercancías, sin compromiso político de mayor alcance y sin que, por lo demás, aparezca el imperativo insoslayable del ajuste del trabajo entre europeos, tal como el actual estado de cosas está poniendo de relieve, no es viable. Por lo tanto, o se va de verdad a la constitución federal de unos nuevos Estados Unidos de Europa, o habrá de nuevo que replegarse, cada país a sus fronteras. Sólo así se podría recuperar la lógica que impone la realidad, perdida hoy como consecuencia de un diseño que, de puro egoísta, resulta al final pueril”.

Jovellanos, como es sabido, era un representante aventajado de la Ilustración Española, a la que el contenido de la Gran Enciclopedia de Diderot había llegado al final de la Revolución Francesa. Se daba, por lo tanto, en él un componente considerable del más exigente racionalismo del siglo XVIII, en pugna constante con una actitud romántica que le hacía sentir el hondo amor a España que trasluce en toda su obra y que impregna su vida entera de escritor y de político. De ahí que yo me vea hoy ante ustedes en la necesidad de recordar que todo hombre llamado a influir en los destinos de un pueblo debe ofrecer, como Jovellanos, ese sentido patriótico, sin el cual quedan en entredicho aspectos cruciales del buen gobernante, como son la honradez, la lealtad y la prudencia.

III. LA PRODUCCIÓN CÁRNICA Y LÁCTEA EN LA ACTUAL COYUNTURA EUROPEA: CONCLUSIONES

Llegados a este punto, y a luz de hechos recientes, no puedo dejar de hacer una breve reflexión sobre el carbón de la Cornisa, ese mineral que, a mi juicio, necesita aprovechar España, aunque ello no le guste a un diputado catalán que dice representarnos en Bruselas, ni al grupo cuyos intereses defiende este señor, a título personal, y no precisamente desde la discreción y la lealtad. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que nuestro país carece de dinero para comprarlo todo fuera y porque no podemos desperdiciar ninguna oportunidad de fomentar el intercambio de trabajo también entre españoles. Otro tipo de consideraciones, tales como la productividad, el respeto a la sacrosanta libertad de mercado o la eficacia a la hora de competir, no son, pese a las apariencias, otra cosa que negar la mayor. Por decirlo con palabras de don José Ortega y Gasset, yo le señalaría al señor diputado que sólo debe ser lo que puede ser, y sólo puede ser lo que se mueve dentro de las condiciones de lo que es. Y si producir con carbón español cuesta más caro, ello es desde luego un problema; pero no el problema. Entre otras cosas, porque análogo razonamiento podría aplicarse a muchas más cosas; no sólo al carbón. Sépanlo también en Bruselas.

No olvido que estamos en Navia, tierra de emigrantes, por tanto, tierra de hombres conoedores del mundo, que, precisamente para eso, para conocer otra forma de ganar la vida, atravesaron el “charco”. Por eso, he dejado para el final la reflexión que, sin duda, cabía esperar en mi charla sobre el sector agrario en Asturias, donde las producciones de carne y leche resultan determinantes. Por haber empezado desde joven a moverme en esa parcela, nada tiene de particular que pueda hoy hablarles de tres circunstancias diferentes en el devenir del campo asturiano durante los últimos cincuenta años: la primera comprende un periodo largo, que culmina alrededor de los años sesenta del siglo pasado, y que se caracteriza por un aprovechamiento parcial de la leche que se producía en la región, y donde el interés económico quedaba reducido a la obtención de mantequilla. Infinidad de máquinas desnatadoras a manivela extraían diariamente la nata de la leche, que era después transportada a las distintas fábricas mantequeras de la región. La segunda se refiere al aprovechamiento total de la leche, que pasa a ser recogida y aprovechada íntegramente por las industrias. Durante esta etapa, que dura hasta la integración de España en la CEE, se produjo el desarrollo de la cabaña asturiana y se alcanzó el techo de producción de leche en la región. La tercera circunstancia distinta, y a mí modo de ver trascendental en la economía agraria asturiana, se produce a partir de nuestra entrada en la CEE y la aplicación del sistema de cantidades de referencia o cuotas. Este hecho sí que ha producido un cambio radical en el modo de producir. Baste tener presente que el número de ganaderos que permanecen en activo produciendo leche ha quedado reducido a poco más del 5% de los existentes en 1985. Los restantes, en su mayoría, han gozado de planes de abandono de la producción y se han instalado en las clases pasivas de nuestro país.

No tengo más remedio que señalar que la política de concentración de ganaderos, sin que se haya producido en paralelo la concentración territorial, ha conducido por derecho a la necesidad de producir leche a partir de piensos comprados en el mercado, en lugar de hacerlo a partir de forrajes obtenidos en la propia explotación. Y el resultado no es bueno. Entre otras razones, porque si la leche se produce sin contar con los prados, huelga la Cornisa Cantábrica como fuente natural de producción.

En efecto, guiados los ganaderos de Asturias por un afán de productividad que les permitiera codearse con sus homólogos comunitarios, e impulsados en su tentativa por la creencia de que era menester salir de la economía familiar que se había mantenido durante cuarenta años de posguerra, intentaron pasar de una economía de subsistencia -que nadie niega- a una economía de competencia para la que no se daban las condiciones territoriales necesarias. A ello contribuyó, claro está, el sistema de cuotas al que acabamos de referirnos, por lo mismo que permitió que los ganaderos se comprasen entre sí no necesariamente la propiedad de la tierra sino el derecho a producir leche.

El caso es que la concentración de la producción de leche en ese poco más del 5% de los ganaderos preexistentes, que seguramente permite ahora producir con mejores “ratios” en el coste añadido, se ha quedado necesariamente en un espejismo; esto es, lo que se ha ganado en productividad pura, se ha perdido con creces en el coste de la alimentación del ganado y en el de las máquinas e instalaciones necesarias para llevar a cabo la totalidad del proceso.

Soy consciente de que estoy invadiendo un terreno que quizás no me corresponde, o quizás sí, como diría un conocido político, pero es lo cierto que la producción de leche, por lo que tiene en cierto modo de salario agrícola, excede del simplista análisis que hacen los teóricos de la productividad y se sitúa de lleno entre las actividades transcendentales de cualquier país occidental, tanto por lo que se refiere al aspecto social, como a la necesidad de mantener un campo debidamente poblado, como al imperativo de velar por la mejor salud posible de la balanza comercial, como a la elemental prudencia en orden a mantener abastecida la despensa.

Por lo tanto, considero una torpeza aplicar a la Cornisa Cantábrica criterios de productividad que ni siquiera son tales y que responden a propuestas lanzadas desde la oficina acristalada de uno de esos rascacielos, donde las gentes parecen desconocer que si se manejaran de verdad criterios de productividad, bastarían en España cien ganaderos, cuatrocientos en Francia, seiscientos en Alemania, y así sucesivamente. Y el que lo dude, que visite el rancho de Calatrava, en la ciudad mexicana de Delicias, Estado de Chihuahua, donde veinticinco mil vacas producen medio millón de litros de leche por día. La productividad está bien. Nadie lo discute. Pero menos discutible resulta aún que vivir es antes que competir. Lo saben bien los americanos y los austriacos. Aquéllos, implantando sistemas comarcales para la producción de leche, llamados “compactos” y, éstos, organizando la producción en granjas familiares que no suelen sobrepasar las doce vacas.

Lo que voy diciendo no me impide, sino todo lo contrario, reconocer que no es justo, ni conveniente para nadie, ni nos puede llevar a nada bueno, contemplar sin inmutarnos que los precios de la leche en el campo están al nivel de hace diez años. Reconózcanlo todos esos señores que, desde Bruselas, confortablemente instalados en sus poltronas de mando, pretenden que sea la industria la que explique el desatino. Y reconozcan también, esos mismos señores, que el sesgo pretendidamente liberal de la política agraria comunitaria no está siendo en absoluto un factor de estabilidad, ni de bienestar, ni de esperanza para todos los que, de una u otra forma, nos afanamos en torno a esa manifestación de vida auténtica llamada campo.

Entretanto, el Señor Ciolos, flamante nuevo Comisario de Agricultura de la Unión, parece resuelto a abrir las ventanas para que entre aire fresco. Por de pronto, ha dicho

que le preocupa más la equidad que la igualdad, y especula con la duda que le plantea no saber hasta qué punto la igualdad puede generar, por sí, condiciones equitativas en la competencia. Saludamos esperanzados estas reflexiones, que ojalá sean la señal de que comienza a florecer en Europa una nueva manera de respetar, rescatándolas del pozo del olvido, las esencias vitales del sector agrario.

Una vez aquí, y a falta de elementos que nos permitan ser moderadamente optimistas respecto de la actual concepción de Europa, quisiera hacer una reflexión sobre el euro y sus consecuencias en el ámbito económico español. Comenzaré por decir que un euro fuerte favorece a países de alta tecnología como Alemania, con fuerte dependencia, además, de componentes cuya producción tiene lugar en países terceros, por la sencilla razón de que cuanto más alto esté el euro, más baratas resultan las cosas “deslocalizadas” e importadas de aquellos países. Sin embargo, para un país como España, donde la exportación de productos industriales no está muy especializada y reposa en valores añadidos más bien bajos, un euro alto juega desfavorablemente a la hora de exportar. Además, unos intereses bajos, de acuerdo con la política del BCE, favorecen la demanda interna y estimulan el endeudamiento, lo cual no es que pueda llevar, es que ha llevado a España a una situación muy complicada para más de una generación. Por otra parte, una moneda sobre la cual no cabe hacer política monetaria nacional, pone en manos de los sindicatos el ajuste de los salarios y no permite el uso del recurso de modificación de la paridad a la hora de intentar proteger el empleo. Por todo ello, frente a los que creen que el euro es un factor positivo, sin el cual todo iría peor, somos ya más de uno los que opinamos lo contrario. Es cuestión de emplear el sentido común y de ser menos fieles con algunos dogmas contemporáneos. No olviden ustedes que a Margaret Thatcher nadie la contradujo cuando afirmó que en una moneda lo importante no son las efigies que se esculpen en el anverso y el reverso, sino quién determina su paridad.

Como ustedes habrán tenido ocasión de comprobar a lo largo de esta breve exposición, en la que de alguna manera nos hemos atrevido a revestirnos con la piel de Jovellanos, hay en mí una tendencia persistente a relacionar la situación económica española con el hecho comunitario. Disculpen si les parece excesivo el empeño. Pero, en sentido contrario, no es para nada de recibo que, frente a las complicaciones sin cuento en que España anda metida, escaseen tanto voces capaces de preguntarse, por ejemplo, si está nuestro país pudiendo intercambiar, dentro de Europa y con el ritmo y la intensidad suficientes, esa cosa tan sencilla y, a la vez, tan radicalmente humana que llamamos trabajo.